

—Difícil me será ver á cualquiera de ellos sin descubrirme.

—En tal caso, tambien el arzobispo Don Juan Perez de la Cerna, que es enemigo mortal de Don Pedro por los negocios del de Gelvez.

—¡Oh, si estuviera aquí Martin!

—Dios sabe lo que será de él, porque hace mucho que no le veo, y me dijo una noche que partia para Acapulco; tal vez se haya ido ya.

—¿Qué hiciéramos?

—Veré al arzobispo.

—¿Tú?

—Yo; por los mismos asuntos del motin le he conocido.

—Bien; me harias en ello un servicio.

—¿Y qué quereis que le diga?

—En caso de que llegues á hablarle, nuestro plan tiene que combinarse mejor; debes decirle que Don Pedro, grande enemigo de él y de los suyos, trata de contraer matrimonio; que segun entiendes, Luisa su mujer vive, y que irritado como estás por las malas pasadas que os hizo Don Pedro, quisieras consejo de su Ilustrísima para buscar á Luisa y presentarla á Don Pedro en el momento de la celebracion del matrimonio.

—Y lo que me conteste.....

—Me lo avisarás inmediatamente: ¿cuándo piensas ir?

—Ahora mismo; si me esperais aquí, pronto estoy de vuelta.

—Esperaré.

—En ese caso me voy.

Teodoro, cuando se trataba de servir á uno de sus amigos, era activísimo; pero en este caso, en que todos los recuerdos de sus padecimientos se encendian, no podia vacilar.

En que se trata de una persona insignificante, pero que hace gran papel en esta historia.

CAZARO, que como hemos visto no era otro que Don César de Villaclara, salió en la tarde del mismo dia en que se anunció el casamiento de Don Pedro, y se fué derechamente á la casa de Teodoro.

El negro le vió entrar, y con gran disimulo le llevó hasta la cámara que le habia destinado.

—Teodoro—le dijo Don César cuando estuvieron solos —¿recuerdas á Luisa la mujer de Don Pedro de Mejía?

—Perfectamente—contestó el negro.

—¿Sabes su paradero?

—Exactamente no puedo deciros ahora dónde se encuentra, ni si ha muerto ó aun vive.

—Pues necesito saberlo.

—¿Os importa?

—Mucho; que Don Pedro debe casarse muy pronto, y esto seria el principio de mi venganza.

—En ese caso la buscaremos.

—¿Quién pudiera darnos razon de ella?

—Don Melchor Perez de Varais, en cuya compañía via, ó el oidor Don Pedro de Vergara Gaviria.

Poco rato despues, penetraba en el palacio de S. Illma.

Don Juan Perez de la Cerna no era ya, como en los tiempos del marqués de Gelvez y despues en los del gobierno de la Audiencia, un príncipe rodeado de cortesanos y de ostentacion; la estrella del prelado comenzaba á nublarse, y la tempestad rugia ya por el lado de la corte de España.

Por mas cartas y manifestaciones que él y los suyos habian enviado al rey, S. M. habia fruncido el entrecejo, y el seño real habia, por decirlo así, atravesado el océano y venido á entristecer y á acobardar al poderoso arzobispo.

El palacio de S. Illma. habia comenzado á quedar solitario; poco á poco habian ido desertando unos en pos de otros los aduladores, y cuando Teodoro llegó á visitarle, aquella era ya la casa del verdadero obispo cristiano.

S. Illma. estaba encerrado en su biblioteca leyendo ó meditando, y en la antesala dormitaban dos familiares.

El desagrado del soberano se hacia sentir allí cruelmente.

Teodoro habló á uno de los familiares.

Como era natural, supuesto el aislamiento del arzobispo, no hubo necesidad de esperar mucho tiempo para conseguir la audiencia.

El familiar volvió á presentarse y abrió la puerta para hacer entrar á Teodoro.

Don Juan Perez de la Cerna estaba sentado en un sitial dando muestras de profunda melancolía; su semblante indicaba cuánto sufría aquel espíritu vigoroso é inquieto, con la situacion en que la suerte le colocaba: podia decirse que el arzobispo habia envejecido en pocos dias.

Alzó indolentemente el rostro para mirar á Teodoro, y no lo reconoció al pronto.

—Buenas tardes Illmo. Sr.—dijo Teodoro inclinándose respetuosamente.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el arzobispo sin contestar el saludo.

—Vengo á consultar á su señoría Ilustrísima sobre un negocio.

—Habla; pero procura ser breve, porque estoy enfermo.

—Seré breve: sabrá su señoría Ilustrísima que yo fuí aprisionado por el marqués de Gelvez, cuando el negocio del tumulto que recordará S. Illma.

El arzobispo movió con disgusto la cabeza y miró á Teodoro.

—¿Y á qué viene eso?—dijo.

—Permítame S. Illma. que le hable, porque eso tiene mucho que ver en el negocio de que voy á tratar.

El prelado inclinó la cabeza como resignándose á oír.

—Don Pedro de Mejía—continuó Teodoro—fué sin duda uno de nuestros mayores enemigos y que influyó mucho en mi prision; Don Pedro era casado con una dama que se llamaba Luisa, la cual apareció despues porque Don Pedro la abandonó la misma noche de su boda, como esposa del corregidor Don Melchor Perez de Varais.

El arzobispo comenzó á escuchar con interés.

—Yo—continuó Teodoro—sé que en estos dias se casa Don Pedro con una dama de quien está apasionado, y quiero que me alumbre S. Illma. para que sepa yo lo que debo hacer, á fin de buscar á esa Doña Luisa, para presentarla en compañía de la justicia, á la misma hora del casamiento de Don Pedro. Ellos nos han ganado; el visitador nuevo quizá nos persiga; pero nos hemos de vengar de los que nos han traído tantos males á su señoría Illma. y á sus partidarios.

En la cabeza del prelado se acumularon en aquellos momentos sus recuerdos del pasado, sus decepciones del pre-

sente, su abandono, su aislamiento, su porvenir en la corte.

El arzobispo era hombre, y sintió hervir su sangre con las palabras de aquel que tenia valor de llamarse su partidario en la desgracia, que resentia lo que él habia sufrido, y que pensaba aún en vengarse y en combatir, cuando todos temblaban y huían de él.

En vez de contestar preguntó el prelado:

—¿Cómo te llamas?

—Teodoro.

—Teodoro! yo te conozco, es ¿verdad?

—Martin de Villavicencio, el Bachiller, me presentó con S. Illma. en aquellos tiempos mas felices para nosotros.

—Es verdad. ¿Y Martin adónde está? ¿tambien me ha olvidado?

—No lo piense S. Illma.; Martin tuvo que huir y está lejos.

—¿Qué objeto llevas al querer impedir el matrimonio de Don Pedro?

—Castigarlo yo, ya que no hay autoridad que lo haga.

—¿Y cómo lo conseguirás?

—Si encuentro á Luisa y S. Illma. me protege, en primer lugar se estorba esa boda, y despues se da un escándalo, en el que quien pierde es Don Pedro.

—Pues yo no sé adónde está Luisa, pero preguntaré á quien debe saberlo, te lo diré, y te daré consejo; porque la venganza no es buena, aunque sí el castigo del malvado.

—¿Cuándo quiere S. Illma. que vuelva?

—Mañana mismo.

—En ese caso ya no molesto á S. Illma. y me retiro.

—Adios, Teodoro, hasta mañana—dijo el prelado dándole á besar el pastoral.

Teodoro se retiró y el arzobispo le siguió con a vista hasta que le vió salir.

—He aquí un negro—exclamó—como debieran ser muchos blancos: este tiene ánimo, este no desmaya, este no teme como yo, cuando debiera amedrentarse, mas porque él puede subir al cadalso, mientras que yo nunca; y sin embargo, él está sereno y ne se entristece, y vencido desgraciado, lucha y espía el momento de su enemigo para combatirle y vencerle; porque lo vencerá y yo le ayudaré porque lo merece, y porque su causa es mi causa, y su venganza es mi venganza; y seria horrible que mañana que el rayo de la corte me hiera, estos hombres se rian de mi desgracia....No....no.....¡cuantos pueda derribar antes de hundirme, caerán!

El arzobispo se puso á pasear en silencio.

—Buscaré á esa Luisa y le ayudaré al negro; Don Pedro de Vergara Gaviria sabrá de ella; él tambien tiene mucho que vengar en nuestros enemigos; le comunicaré el proyecto de Teodoro, y nos ayudará.....Le enviaré á llamar.

Y sentándose inmediatamente, escribió una esquila que plegó poniéndole la direccion.

Tocó en seguida una campanilla, y un familiar se presentó á recibir sus órdenes.

—Esta carta al licenciado Don Pedro de Vergara—dijo el arzobispo.

Media hora despues, Don Pedro entraba en el palacio arzobispal.

—Aquí me tiene S. Illma.—dijo presentándose.

—Mi señor Don Pedro—contestó el prelado;—tome asiento su señoría, y hablaremos de un negocio.

Sentóse Don Pedro de Vergara, y el arzobispo continuó:

—¿Os pesaria darle un mal rato á Don Pedro de Mejía, nuestro antiguo conocido?

—A fé que no me pesaria mucho.

—Pues cosa fácil será si quereis.

—Quiero, que me tiene aún muy ofendido, y temo que de nosotros se ha de reir, segun van las cosas.....

—Entonces, os diré que Don Pedro está muy apasionado, y muy pronto debe contraer matrimonio, para lo cual él prepara solemnes fiestas.

—¿Y bien?

—¿Cómo y bien? ¿no comprendeis aún?

—Os aseguro que no.

—¿Don Pedro de Mejía no se casó con Luisa?

—Sí.

—Luego siendo casado, no puede contraer.....

—Permítame S. Illma., que Don Pedro no es casado.

—Pues ¿y Luisa?

—Murió en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Murió?—dijo espantado el arzobispo;—entonces nada se puede hacer.

—Por ese lado al menos.

S. Illma. quedó pensativo.

—Pero ¿cómo es—dijo de repente—que Don Melchor, que la hacia pasar por su mujer, no me refirió jamás esto?

—Esa es una historia bien curiosa: Luisa fué ahorcada en las cárceles secretas del Santo Oficio; pero tratando de ocultar esto á Don Melchor, se le dijo que por artes mágicas habia perdido su figura, y con el testimonio del inquisidor mayor y el mio, tomó por su mujer á una negra, á quien le presentamos como tal, y se la llevó, compadeciéndose mucho de su situacion.

—¿Eso ha pasado?

—Como se lo cuento á S. Illma., solo que como se trataba de salvar el honor de la Inquisicion, de evitar un escándalo, yo me presté fácilmente, y suplicó á S. Illma. que

me guarde esto como revelado bajo el sigilo sacramental.

—Hé aquí que estamos salvados—exclamó el arzobispo.

—¿Cómo?

—Luisa, oficialmente, es decir, para nosotros, para la Inquisicion, para la Iglesia, existe.

—¿Existe!

—Sin duda; testimonios irrecusables prueban que la sacó de la Inquisicion Don Melchor Perez de Varais; eso lo declarareis vos, el inquisidor mayor, yo, Don Melchor, el secretario y familiares del Santo Oficio, y que es la misma que debe vivir con Perez de Varais, y aun cuando se empeñaran en negar ella y Mejía, el juez debia fallar por las pruebas *secundum alegata et probata*, y en ese punto es seguro que se triunfa; luego resulta que es casado Don Pedro de Mejía, que se impide el matrimonio que medita, que se le obliga á reconocer como su esposa á la mujer que entregásteis á Don Melchor, y que el castigo es para él mayor, que era lo que queria yo probaros.

—Comprendo, comprendo.

—En ese caso, escribid á Don Melchor que venga, trayendo á su esposa.

—Fácil será hacerle condescender, porque tiene que venir en estos dias á felicitar al virey.

—Entonces escribidle.

—Lo haré como S. Illma. lo dispone.

El arzobispo y Don Pedro de Vergara siguieron conversando hasta una hora despues que éste se despidió.

En la misma noche un correo de Don Pedro de Vergara salia para Metepec, con cartas para el alcalde mayor Don Melchor Perez de Varais.

Don Pedro de Mejía siguió haciendo los preparativos de su boda.